

« *El corazón del hombre es una lira  
Dispuesta á producir cualquier sonido ;  
¿ Me amaste ? ¡ No !... Tu afecto fué mentira.  
¿ Me olvidas ? ¡ Sí !... ¡ Me hundiste en el olvido !  
Ven esta noche, si piedad te inspira  
Este mi pobre corazón herido ;  
Ven, y si no la guerra te declara  
Tu Safo que te adora — Tuya — Clara. »*

— ¡ Hombre ! ¿ qué te parece ? dijo Pablo  
Con sonrisa de orgullo satisfecho.  
— ¡ Vaya ! le dije : francamente te hablo :  
Yo pensé que eras hombre de provecho,  
Y hoy juzgo que mereces un establo,  
Á pesar de tu grado y tu derecho ;  
Tú jamás pasarás de Congresista,  
Porque eres una bestia nunca vista.

Hizo una mueca de desdén horrible,  
Me miró de los pies á la cabeza,  
Y me dijo con lástima : — ¿ Es posible  
Que llegue hasta tal grado tu torpeza ?  
¿ Conque ese amor profundo, indescriptible,  
Que insinúa con tal delicadeza,  
Pedazo de animal, no prueba nada ?  
— Sí : prueba que tu Safo es muy zafada.

— Pues decidido estoy. — Eres un bruto.  
Yo opino que es mejor que reflexiones.  
— No te pido consejos, no disputo ;  
No me han de convencer tus opiniones.

— Á tu barbaridad pagas tributo.  
— Caballero... — Zapata, mis razones  
Debes oír... — No tal. Sal al momento.  
— Conque... — Estoy decidido. — Pues lo siento.

Y para esto dejé mi blando lecho —  
Pensaba yo bajando la escalera —  
¿ Se casa ? pues que le haga buen provecho ;  
Pero es negra la suerte que le espera.  
¡ En fin ! resuelto está, y á lo hecho, pecho.  
Tratar de convencerlo inútil fuera,  
Que el que es del libre examen partidario,  
Juzga el examen siempre innecesario.

Dos semanas después en *La Reforma*,  
Que tiene un cronicón que nunca miente,  
Y que de cuanto pasa nos informa,  
Ví que estaban casados civilmente  
Por un juez ó notario, en toda forma.  
Clara se opuso decididamente  
Á que el Cura en el lance interviniera,  
Porque habiendo notario, inútil era.

Una tarde, al salir de la oficina,  
Ví á Pablo que, ligero como un gamo,  
Cruzaba de la plaza por la esquina ;  
Corro al punto tras él, le grito, llamo,  
Y mientras más lo llamo, más camina.  
— ¡ Atajen á ese hombre ! — al fin exclamo,  
Y él, temiendo tal vez que se juzgara  
Que es reo fugitivo, al fin se para.

No es el Pablo, carísimas lectoras,  
 Que antes iba el domingo á la Tercera,  
 No es el de las miradas seductoras,  
 No es el de la *capul* tan hechicera;  
 Su faz antes risueña á todas horas,  
 Es hoy adusta, tétrica, severa;  
 Su traje, antes tan pulcro, está mugriento,  
 ¡Cómo transforma al hombre el casamiento!

— ¿Cómo te va, Pablito? ¿Qué tal Clara?  
 Le dije; — ¿á dónde vas tan afanado?  
 — Á casa, contestó con una cara  
 Cual la del reo á muerte condenado.  
 — Perdóname que á gritos te llamara.  
 ¿Qué es de tu vida? — Estoy muy ocupado.  
 — ¿En gozar del edén del matrimonio?  
 — ¡Vete con tus edenes al demonio!

— ¿Qué tienes? ¿Qué desgracia ha sucedido?  
 — ¡Que voy á suicidarme! — ¡Qué locura!  
 ¿La causa? — ¿No es bastante ser marido?  
 — Cuéntame, pues, tu amarga desventura.  
 — No puedes concebir lo que he sufrido.  
 — Empieza, pues... — Hoy no. ¿Se te figura  
 Que puedo disponer de una hora entera?  
 Ya son las tres! ¡Adiós! Clara me espera.

Y salió disparado calle abajo;  
 Corrí á alcanzarlo, pero inútilmente;  
 Y juzgando perdido mi trabajo,  
 Me fuí para mi casa lentamente,

Meditando con aire cabizbajo  
 En el pobre Zapata y su presente,  
 Y... basta ya: de octavas estoy harto.  
 Aquí le pongo punto al canto cuarto.

## CANTO V

¡Cómo pasan las horas de alegría  
 Que nuestra mente juvenil halagan!  
 ¡Cómo forja la ardiente fantasía  
 Sueños de gloria que al nacer se apagan,  
 Cual los celajes que al venir el día  
 Por el azul del firmamento vagan!  
 Así exclamaba yo pensando en Pablo,  
 Y viendo ya su dicha dada al diablo.

Aquellas ilusiones de ventura,  
 Aquel tranquilo hogar de sus amores,  
 Aquella esposa tan gentil, tan pura,  
 Que iba á regar en su sendero flores,  
 Que iba á alejar de su alma la amargura;  
 Que iba á llenar su cielo de fulgores,  
 Todo eso fué mentira; no hubo nada,  
 Pues salió la Clarita endemoniada.

Para que no digáis que yo exagero,  
 Y que tengo por Clara antipatía,  
 Yo que soy con las damas justiciero,  
 Como más de una declarar podría,  
 Íntegramente transcribiros quiero  
 La epístola en que Pablo describía  
 Su vida miserable y enojosa,  
 Y las mil perfecciones de su esposa.

« Á referirte voy mis amarguras,  
 Porque yo sé muy bien que eres mi amigo,  
 Y que á pesar de las palabras duras  
 Que sin justa razón usé contigo,  
 Hoy, olvidando todas mis locuras,  
 Y mis tontos caprichos que maldigo,  
 Verás con interés mi amargo duelo,  
 Y acaso me darás algún consuelo.

« Á pesar de tus justas reflexiones,  
 Con Clara me casé: yo suponía  
 Que una mujer con tantas perfecciones  
 Felicidad y calma me daría:  
 Ella me hizo promesas á montones,  
 Me hablaba de lo dulce que sería  
 Nuestro futuro hogar, nido sagrado  
 Por nuestro mutuo afecto iluminado.

« Formó quinientos planes excelentes  
 Para hacer deliciosa mi existencia;  
 En discursos floridos y elocuentes  
 Prometió respetar mi independencia.  
 Hizo lo que los hombres eminentes  
 Que quieren atrapar la presidencia:  
 Presentó su programa de gobierno,  
 Me atrapó, y el programa echó la infierno.

« Apenas vió ligada nuestra suerte,  
 Cuando olvidando todo compromiso,  
 Las riendas empuñó con mano fuerte.  
 Yo nada puedo hacer sin su permiso;

Y ella entra y sale, y baila, y se divierte,  
 Y juzga innecesario darme aviso.  
 Y así tiene que ser, que en las Normales  
 Hay libertades ultra-liberales.

“ ¡Y mi vida de hogar sí que es sabrosa!  
 Yo tengo que coser mis pantalones,  
 Porque Clara, ni riesgo que los cosa;  
 Yo pego á mi levita los botones,  
 Y hasta las mismas medias de mi esposa  
 He remendado en varias ocasiones.  
 ¡Yo, que soy secretario de un juzgado,  
 Me he visto á tales cosas obligado!

“ Es en casa la escoba mueble extraño:  
 Clara su utilidad no ha comprendido;  
 Hace que nos casamos medio año,  
 ¡Y en seis meses la casa no ha barrido!  
 Y yo que entre la mugre no me amaño,  
 Estoy entre la mugre consumido.  
 ¿Pero qué? Clara habita el quinto cielo,  
 Y no fija sus ojos en el suelo.

“ Las criadas son poderes soberanos  
 Que gozan de completa autonomía;  
 La cocina y despensa son arcanos  
 Que Clara no conoce todavía;  
 Ella no emplea sus preciosas manos  
 Sino en acicalarse todo el día,  
 Y en escribirle cartas á Teodora,  
 Que es una vecinita á quien adora

“ ¡ Y qué cartas, gran Dios! Voy á contarte  
Una historia terrible, escandalosa;  
El recordarla el corazón me parte,  
Porque, á pesar de todo, amo á mi esposa;  
Pero he querido mi dolor mostrarte,  
Porque conozco tu alma generosa:  
Cuando yo era feliz, fuiste mi amigo,  
Ahora que lloro, llorarás conmigo.

“ Dos semanas hacía que notaba  
Que no era mi mujer la misma de antes,  
Y poco del vestido se cuidaba,  
Y llegó hasta á salir sin calzar guantes.  
De día, como siempre, me celaba;  
Mas de noche, con voces insinuantes,  
Me decía ser justo que saliera,  
Y á hacer visitas ó al tresillo fuera.

“ Yo ví en todo esto un cambio favorable;  
La regeneración se estaba usando,  
Y juzgué como cosa muy probable  
Que Clara se iba ya regenerando.  
Como era en sus instancias muy afable,  
Yo comencé á salir de cuando en cuando,  
Y como por salir no hubo reproches,  
Acabé por salir todas la noches.

“ Mas la ingrata burlaba mi inocencia;  
Yo la creía ya regenerada,  
Y vino á demostrarme la experiencia  
Que eran sólo un ardid de la taimada

Aquella no común condescendencia  
Y aquella confianza ilimitada;  
La regeneración que ví en mi esposa  
Fué sólo una catástrofe espantosa.

“ Una noche, al salir para el tresillo,  
Con una criada tropecé en la puerta,  
Y á la pálida luz del cigarrillo  
Ví que la susodicha era una tuerta,  
Criada de Teodorita de Rosillo.  
— ¿ Qué quieres? — dije yo con voz incierta,  
Y ella me contestó: — Doña Teodora  
Esta carta le manda á la señora. —

“ Yo, como es natural, saber quería  
Qué asunto tan secreto y tan urgente  
Era el que entre las dos se debatía,  
Pues, como dije ya, constantemente  
Clara á su amiga cartas escribía  
Que ésta le contestaba diariamente.  
Tomé la carta, me la eché al bolsillo,  
Hice que entraba, y me largué al tresillo.

“ Á la luz del farol de la escalera  
Leí aquel billete de Teodora,  
Y al fijarme, en la página primera,  
¡ Maldición! dije en voz atronadora;  
Al oírme salió la cantinera,  
— ¿ Qué fué? — dijo — La pena me devora.  
— Le hadado á usted algún mal? ¿ Qué es lo que siente?  
— ¡ Mil cuernos! — dije, y me cogí la frente.

“ Y sin querer oírle más razones,  
Salgo con tal carrera, que por poco  
Me desnucó al bajar los escalones;  
Las calles atraviéso como un loco,  
Repartiendo codazos y empellones;  
A casa llego, la campana toco,  
Y después de tocar una hora entera,  
Sale por fin á abrir la cocinera.

“—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está Clara?  
¡ Responde! que la furia me devora —  
La cocinera me miró á la cara  
Y contestó con calma matadora:  
— Yo no sé, me llamó *pa* que trancara,  
Y como siempre sale mi señora  
Sin decir *onde* va, *toy inorante*  
De *onde* pueda *incontrarse* en este estante.

— “ ¿ Sale todas la noches? — Al momento  
Que su *mercé* se va, coge camino.  
— No hay duda, entiendo ya su fingimiento:  
Para eso me despacha á mí al Casino...  
Y el billete que causa mi tormento  
Leo otra vez; que sueño me imagino:  
Dice: Ven esta noche, pues te juro  
Que podrás, á tus anchas, ver á Arturo.

“ ¡ Arturo! éste es el nombre...” Pero basta;  
Este canto va siendo interminable,  
Y aunque tengáis, lectoras, buena pasta,  
Al fin esta mi charla perdurable

Vuestra paciencia sin remedio gasta.  
En el canto siguiente es muy probable  
Que acaben de Zapata las querellas.  
¡ Hasta mañana, pues, lectoras bellas!

## CANTO VI

Dejamos á Zapata sepultado  
En hondas y penosas reflexiones.  
Creo que había el infeliz llorado  
Al trazar de su carta los renglones,  
Pues con huellas de llanto he tropezado;  
Pero éstas sólo son suposiciones.  
Vamos ahora á ver cómo seguía  
La carta en que sus penas describía:

“ ¡ Arturo! éste es el nombre maldecido  
Que lleva mi rival; por él la ingrata  
Sus promesas de amor echa en olvido;  
Por él mis bellas esperanzas mata;  
Por él está mi honor escarnecido;  
Él lo que me es más caro me arrebató:  
Honra, calma y amor, todo me quita.  
¡ Voy á morir! ¡ mi suerte está maldita!

“ ¿ Y pude yo contar con la ternura  
De una mujer que ha estado en las Normales,  
Y que se ha ejercitado en la escultura,  
Copiando de modelos naturales,  
Que cree que es el alma una impostura  
Que el orgullo inventó de los mortales,  
Y que es el corazón sencillamente  
Una bomba aspirante é impelente?

“ ¿ Puede sentir afecto quien opina  
Que el padre de los hombres es el mono,  
Y siguiendo de Darwin la doctrina  
Contempla con desprecio y con encono  
Á aquel que tales cosas no imagina,  
Ó de origen más alto se da tono?  
¿ Aquella á quien el hombre importa un nabo  
Si no le encuentra gérmenes de rabo ?

“ ¡ Arturo!..... ¿ Quién es él? ¿ Quién así mata  
La más dulce visión del alma mía?  
¿ Quién por vano capricho me arrebató  
Los dulces sueños que forjaba un día?  
¿ Quién me roba el afecto de la ingrata  
Que amarme eternamente prometía?  
He de saber quién es, y entonces, juro  
Que se ha de arrepentir el tal Arturo.”

“ Así pensaba yo, y al fin el sueño,  
Que es el consolador del afligido,  
Me empezó á consolar con tal empeño,  
Que á poco rato me quedé dormido;  
Y olvidado del nombre y de su dueño,  
Ronqué como un lirón; pero el ruido  
De una persona que en el cuarto hablaba,  
Me arrancó del placer que disfrutaba.

“ Tú que has leído á Byron con frecuencia,  
Te acordarás de aquella Parisina  
Que de un sueño fatal bajo la influencia,  
Le cuenta el loco amor que la domina,

Á su marido, un hombre sin conciencia,  
Quien, por esa su charla peregrina,  
La entrega sin más fórmula al verdugo,  
Y muere con su amante, un tal Don Hugo.

“ Pues bien, como el marido de mi cuento,  
Escuché yo á mi esposa que decía,  
Hablando en sueños y con dulce acento:  
“ ¡ Arturo! ¡ hermoso Arturo! ¡ estrella mía!”  
¡ Oh! yo te juro que en aquel momento  
Sentí no haber nacido en la Turquía,  
Para poder coger á la culpada  
Y hacerla picadillo con mi espada.

“ Al otro día, estando en el juzgado,  
Ví llegar á un sujeto muy panzudo,  
Metido en un gabán bastante usado,  
Con un sombrero que tiraba á embudo,  
Y de un paraguas formidable armado.  
Se acercó á mí, y en tono campanudo  
Me dijo: — ¿ Me permite mi expediente?  
— ¿Cuál? — El de don Arturo Sanclemente.

“ — ¡ Arturo! — bramé yo — ¡ Sangre de Cristo!  
— ¿ Por qué se admira usted? — Yo no... por nada.  
— ¿ En dónde vive usted? — ¡ Qué! ¿ no me ha visto?  
Si mi casa á la suya está pegada.  
— ¡ Él es! — exclamo — él es! — y al punto embisto  
Contra aquel hombre, quien, con voz pausada,  
Me dice: — Caballero, poco á poco:  
¿ Por qué me ataca usted? ¿ Se ha vuelto loco?

“ Y enristrando el paraguas que tenía,  
Para los golpes que le asesto en vano.  
— Vil ladrón de mi calma y mi alegría —  
Gritaba yo — defiéndete, villano. —  
Y él siempre su paraguas esgrimía.  
Al fin sobre su rostro dió mi mano,  
Y él descargó tal golpe en mis costillas,  
Que me hizo ver quinientas candelillas.

“ Ítem más : aquel golpe inesperado  
Mi equilibrio rompió de tal manera,  
Que al pie del vencedor quedé postrado,  
Víctima triste de su saña fiera.  
Y de allí, con un ojo magullado,  
Roto el gabán y la camisa afuera,  
Me alzaron entre el juez y el escribiente  
En medio de las risas de la gente.

“ Y yo lleno de polvo, medio muerto,  
Con tres ó más costillas fracturadas,  
Un chichón en la frente, casi tuerto,  
Y con las faldas sucias y rasgadas,  
Salí de la oficina... ¡ ay ! y te advierto  
Que están sus puertas para mí cerradas,  
Pues enfadado el juez, ha decidido  
Que quede sin demora removido.

“ Y sufriendo dolores infernales,  
Aguantando las pullas de la gente,  
Que siempre goza en los ajenos males,  
Atravesé las calles lentamente,

Y al pisar de mi casa los umbrales  
Ví á Clara que salía alegremente,  
Y me dijo al mirarme tuerto y cojo :  
— ¿ Has tenido algún lance con Perojo ?

“ — ¡ Infiel ! — exclamé yo con voz terrible —  
¡ Ven á gozarte en tu obra, maldecida !  
Tú, sólo tú, con tu traición horrible,  
Has hecho un duro infierno de mi vida.  
¡ Y de mi mal te burlas ! ¿ Y es posible  
Que goces con mis males, fementida ?  
— No hay duda — dijo — ha andado este muchacho  
Con la *Crème de la Crème* y está borracho.

— “ No finjas, no pretendas engañarme ;  
Conozco tu traición perfectamente.  
— Pero ¡ hombre ! si quisieras explicarme....  
— ¿ No conoces á Arturo Sanclemente ?  
— Sí, hasta suele á veces saludarme ;  
— Pero eso no me explica... — ¡ Qué impudente !  
Es tu amante. — ¡ Mi amante ! ¡ Mientes, Pablo !  
— Calla, calla mujer, ó vive el diablo !....

“ Esto dije, y di un paso ; ella, indignada,  
Retrocedió buscando cualquier cosa ;  
Pero yo le piqué la retirada ;  
Al fin en un rincón mi santa esposa  
Encontró aquella escoba rezagada  
Que te dije que en casa estaba ociosa.  
Por la primera vez la ví en su mano,  
Y me dió un escobazo soberano.

— “Aprende — dijo — á usar con tu señora  
Ese lenguaje vil y esos modales ;  
Busca donde vivir ; dentro de una hora  
Pasarás de esta casa los umbrales ;  
Ya no soy tu mujer, pues sin demora  
Voy á que nuestros justos tribunales  
Me liberten de ti. Seré soltera,  
Y mañana me caso con cualquiera. —

“ Y me echó de mi casa hace dos días.  
En el Hotel Francés me he refugiado ;  
Y en medio de mis muchas agonías,  
Me consuelo al mirarme descasado.  
Esta es la historia de las penas mías :  
No sé bien si he perdido ó he ganado :  
Mirarme sin destino es triste cosa,  
Pero es muy dulce verme sin esposa.”

## CANTO VII

Al dar las tres pensé que era corriente  
Ir á ver á Zapata ; entré á su alcoba,  
Y lo encontré ocupado asiduamente  
Con tuétanos y vino soba y soba  
Unos cuantos chichones que en la frente  
Le hizo salir su Clara... con la escoba.  
— ¿ Conque es cierto ? — le dije — ¡ pobre Pablo !  
— ¡ Atrás ! ¡ atrás ! — gritó — ¡ mujer del diablo !

Y aquí caben los puntos consabidos  
En las nuevas novelas tan usados,  
Esos puntos que son tan socorridos,  
Sobre todo en los casos apurados.

Haced cuenta, lectoras, que seguidos  
Halláis quinientos puntos salpicados  
Con veinte admiraciones (y aun es poco)  
Y continuad después. ¡ ¡ ¡ Estaba loco !!!.....

¡ Loco ! ¡ loco ! lectoras. Me horripilo  
Al pensar que así puedan las Normales  
Hacer que un ciudadano tan tranquilo,  
De tan buenas costumbres y modales,  
Vaya á acabar su vida en el Asilo,  
Sin que pueda volver á sus cabales,  
Pues se sabe muy bien que la locura  
De la Escuela Normal, no tiene cura.

Me fui á buscar á Clara prontamente  
Para darle noticia tan ingrata,  
Y meditaba el modo más prudente  
De decirle el estado de Zapata ;  
Pues (yo pensé) si lisa y llanamente  
Le cuento el caso, la aflicción la mata ;  
Es bueno prepararla de algún modo,  
Y con cautela referirle todo.

Mas la encontré tan llena de alegría,  
Que juzgué que aunque el golpe era muy duro,  
Ella todo su mal resistiría.  
Por otra parte, la cuestión de Arturo,  
Enfadado con ella me tenía  
Y resolví salir de aquel apuro  
Diciéndole : — Señora, se ha lucido :  
Volvió loco, de atar, á su marido.



—¿Yo? ¿Yo lo he vuelto loco? ¡Qué impostura!  
 Él nunca tuvo su razón completa.  
 — Sí; dice usted verdad, pues su locura  
 Probó con enlazarse á una coqueta.  
 — ¿Viene usted á insultarme? ¿Se figura  
 Que puedo tolerarlo? — ¡Vamos! ¡quieta!  
 Usted engañó á Pablo... — ¡No; lo juro!  
 — ¿Qué eran, pues, sus delirios con Arturo?

— ¡Ah! ¿No puede una niña que ha estudiado  
 En la Escuela Normal astronomía,  
 Cultivar esa ciencia con cuidado?  
 Pues sepa usted que estudio noche y día  
 Y que al fin mis esfuerzos han logrado  
 Resolver una duda que tenía  
 Sobre Arturo y su órbita, pues ella....  
 — ¿Pero quién es Arturo? — Es una estrella.

La estrella más brillante del Boyero,  
 Que es la constelación que queda al frente  
 Cuando usted mira... — No, verla no quiero,  
 Que no estoy para estrellas al presente.  
 Sale usted por la noche, á lo que infero;  
 ¿ Á dónde diablos va? — Frecuentemente  
 Me voy á manejar el astrolabio  
 Con un amigo reputado sabio.

Y como hoy los astrónomos de Europa  
 No saben si es esfera ó es embudo  
 Ese palio de azul que nos arropa,  
 Á ese amigo, que es hombre muy sesudo,

Y que lleva la ciencia viento en popa,  
 Sometieron el caso, y él no pudo  
 Resolver la cuestión, y me ha llamado  
 Á decidir el punto disputado.

Y después de prolijas discusiones,  
 Y de estudiar el punto noche y día,  
 Hoy sabemos que son unos chambones  
 Todos los que en cuestión de astronomía  
 Han formulado leyes y opiniones:  
 Newton lo que es un astro no sabía,  
 Fué el pobre Galileo un majadero,  
 Herschell un bruto, y un patán Keplero.

Flammarión algo sabe, lo confieso,  
 Mas, como los demás, está engañado;  
 Juzga al cielo redondo como un queso,  
 Cuando en este hemisferio es prolongado.  
 Cita mil leyes; pero ¿ qué hay con eso?  
 Si ya nosotros hemos demostrado  
 Que el cielo de Colombia es puntiagudo  
 En virtud de una ley. — La del embudo.

— ¿Pero Arturo? — Ya he dicho que es estrella.  
 — Pablo creyó otra cosa... — Lo deploro.  
 — ¿Y por qué hasta dormida hablaba de ella?  
 — Porque su luz resplandeciente adoro.  
 ¡ Oh! si la viera usted cómo descuella  
 En su constelación... — ¿Es la del Toro?  
 — Del Boyero. — Es lo mismo. No hay remedio  
 En una ú otra hay astas de por medio.

— Voy á explicarle á usted la diferencia  
Que hay del Toro al Boyero... — No, no; basta;—  
Y sintiendo ya escasa mi paciencia,  
Aunque soy hombre de mediana pasta,  
Me salí renegando de esa ciencia  
Que en esta tierra sin piedad se gasta,  
Y que hace un tinterillo de un muchacho  
Y de una pobre niña un marimacho.

#### EPÍLOGO

Es cosa muy usada y muy corriente  
Poner á todo cuento corto ó largo  
Un epílogo; así es que en el presente  
No ha de faltar, lectoras; sin embargo,  
Como está fatigada ya mi mente,  
Y ya para escribir me veo amargo,  
En pocos versos trataré el asunto,  
Y á la historia presente pondré punto.

Pablo ha estado en San Diego más de un año.  
Don Bruno, aquel sujeto que miraba  
Á Clara con un gesto tan hurraño,  
Y que con voz doliente se quejaba  
De que se olvida la moral de antaño  
Que antes de haber Normales se enseñaba,  
Es hoy en su moral menos severo,  
Y es de Clara el sostén y consejero.

Clara vive en la calle del Hospicio,  
En una tienda asaz desaseada;  
No he podido saber cuál es su oficio,  
Pues de día la tienda está cerrada;

Por las noches, sentada sobre el quicio,  
Con pañolón azul arrebozada,  
Y diciendo al que pasa: — *Adiós, mi gloria,* —  
Suelo ver á la niña de mi historia.

De las cinco personas de que hablo  
En las estrofas del presente cuento,  
Tenemos, pues, al infeliz de Pablo  
Sin pizca de razón, hecho un jumento;  
Á su querida Clara, dada al diablo,  
Debiéndole á don Bruno su sustento,  
Y de don Bruno el público murmura  
Que no es su santa caridad muy pura.

¡ Oh lectoras queridas! ¡ Cuántos males,  
Cuántas desgracias han sobrevenido,  
Sólo porque á una niña en las Normales  
Le pervierten las ciencias el sentido!  
Se le enseñan nociones generales  
De todo cuanto existe ó ha existido,  
Y al fin es su cabeza la petaca  
Que contiene los bienes de la Urraca.

En cuanto á Margarita, flor hermosa  
Que creció oculta en el hogar bendito,  
Sin que su frente pura y candorosa  
Empañara con su hálito maldito  
El viento mundanal... Aquí una cosa  
Que prometáis, lectoras, necesito,  
Y es tener en sigilo el más completo  
Lo que voy á contaros en secreto;

Pues es cosa que sabe el mundo entero  
Que es uno por las damas atendido  
Mientras tiene la fama de soltero,  
Aun siendo tuerto, sordo y desabrido,  
Pero que pasa á ser un majadero  
Al momento que saben que es marido.  
Con vosotras sucede de otra suerte  
Por mil razones que cualquiera advierte.

Cuando Pablo por Clara cautivado  
Se olvidó de la pobre Margarita,  
Pensé que era muy justo y acertado  
Que yo hiciera á la niña una visita.  
Al ver su amor primero desdeñado,  
¡ Cuánto no habrá sufrido, pobrecita !  
Iba yo repitiendo una mañana  
Al subir por la calle de Santa Ana.

Pero encontré á la víctima inocente  
Con la cara de pascua más completa ;  
Hablé de Pablo, de su unión reciente,  
Y dije que era Clara una coqueta ;  
Margarita mostróse indiferente,  
Me pareció muy digna, muy discreta,  
Tocó dos vales y cantó " El Pirata,"  
Y... heme aquí de suplente de Zapata.

Me cautivó con su divino porte,  
El alma me encendió con su mirada,  
Y... es tiempo ya de que la historia corte,  
Y voy á terminar de una plumada :

La hermosa Margarita es mi consorte,  
Y en el número 3, Calle Tapada,  
Vivimos muy felices á estas horas,  
Á la disposición de mis lectoras.

